

# El Museo Nacional como expresión del nacionalismo mexicano

*Ricardo Pérez Montfort*

Desde su creación en 1825, el Museo Nacional de México tuvo como uno de sus principales propósitos el de mostrar una historia claramente reivindicativa de los logros nacionales. Si bien en una primera etapa que llega hasta 1867 se trató de un museo-depósito de objetos diversos, fue precisamente a partir del triunfo del liberalismo y más claramente durante el Por-



Autor no identificado, *Salón de Historia Natural*, ca. 1895. Col. AFSD-BNAH

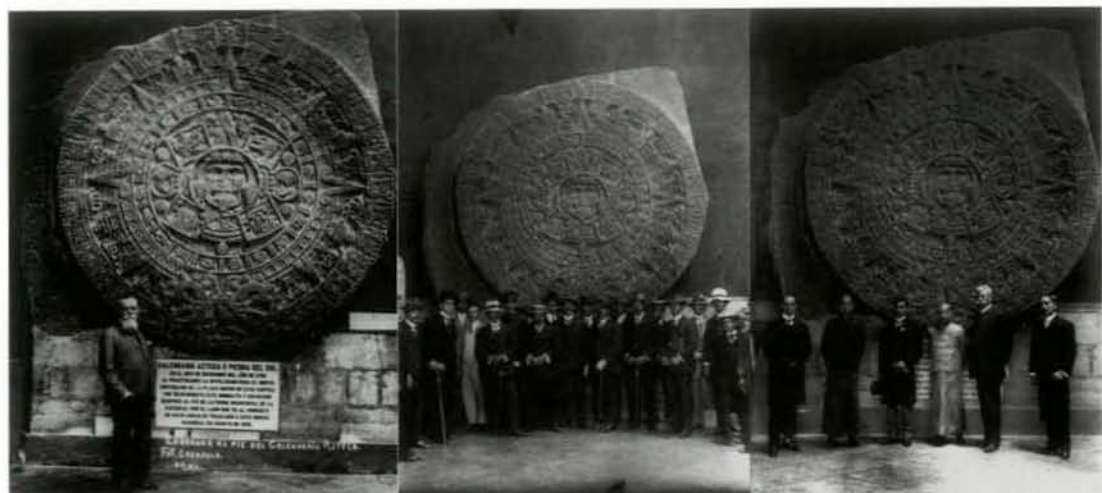
Abajo: Hugo Brehme, *México pintoresco*, México Av. 5 de mayo 27, 1923. Col. biblioteca particular

firriato cuando el Museo Nacional adquirió la condición de baluarte del nacionalismo cívico y patriótico. La versión oficial de la historia guiaba el orden de las salas, los objetos, las vitrinas, los cuadros, las cédulas, etcétera, y en el aire de sus amplios salones se respiraría una especie de paradigma mexicanista.

Aun cuando hasta 1909 el Museo Nacional también incluía algunos salones dedicados a la historia natural con todo y sus fósiles, minerales, animales disecados, y sus vitrinas repletas de ejemplos de fauna y flora nacional, el mayor peso en materia de contenidos lo llevaban la historia, la etnología y la arqueología mexicanas. Sin embargo a partir de 1907 se iniciaba su transformación. Don Genaro García, entonces subdirector del Museo, implantó la separación de la historia natural, misma que se llevaría al Museo del Chopo, para concentrar en el Museo Nacional sólo aquello que se refiera a “...la Historia, Arqueología, Etnología y Arte Industrial Retrospectivo de México”.<sup>1</sup>



Después de más de un año de reestructuración, en agosto de 1910 se reabrió el Museo cuyo nombre ahora era acompañado por la disciplinas a las que estaba dedicado: era el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. Muy poco antes del inicio de las Fiestas del Centenario de la Independencia, el mismísimo presidente Porfirio Díaz acompañado por su ministro de educación, Justo



De izquierda a derecha: Venustiano Carranza, ca. 1917; Diputados en el Museo Nacional, ca. 1915 y Comitiva Japonesa en las Fiestas del Centenario, 1910. Sinafo-INAH, núms. de invs. 68433, 38204 y 351758, respectivamente  
 Abajo: Marie Robinson Wrigth, *Mexico. A History of its Progress and Development in One Hundred Years*, Filadelfia, George Barrie and Sons, 1911. Col. biblioteca particular

Sierra y el subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Ezequiel A. Chávez, junto con una pequeña comitiva formada por profesores y empleados del Museo Nacional, recorrió las salas del mismo y verificó que el mensaje que emanaba de aquellos salones no era otro más que el de la exaltación patriótica y nacionalista.

El primer impacto de reivindicación mexicana que recibían los visitantes del Museo sucedía en la sala de los monolitos

aztecas. Ahí, entre la Coatlicue, la Piedra del Sol, el Ocelotl y algunos fragmentos de atlantes, cabezas de serpientes, aros de juego de pelota, etcétera, se establecía el origen dignísimo de los mexi-

canos bajo la premisa de una existencia nacional previa a la llegada de los españoles. La arqueología demostraba que en el territorio mesoamericano se estaba a la altura del primer mundo. El ministro Justo Sierra ya lo había planteado en 1902: "En las fronteras del arte y la historia está la arqueología —decía— y pensemos que si a los ojos del mundo somos un pueblo de se-

gunda o tercera categoría en vía de formación ya normal, e interesante por esto, desde el punto de vista arqueológico somos una entidad de primer orden, apenas inferior al grupo maravilloso que fue cuna de la civilización general..."<sup>2</sup>

En esa sala la famosísima Piedra del Sol se convertiría en símbolo nacionalista en la medida en que la mayoría de los visitantes distinguidos se retrataran a su lado. Porfirio Díaz, Venustiano Carranza y hasta

Cantinflas se tomarían la foto junto al monolito azteca.

Pero era probablemente en las salas de historia donde el nacionalismo mexicano decimonónico y eventualmente revolucionario se encontraba

más a sus anchas. Los periodos de la Conquista y la Colonia eran representados por cuadros y objetos que si bien identificaban algunos momentos y personajes importantes de dichos periodos, como Sor Juana o la leyenda de Juan Diego, todo parecía organizado para que pronto se pasara a la siguiente etapa de la historia mexicana. Así el énfasis museográfico se ponía en







Autor no identificado, *Salón de los Monolitos*, ca. 1900. Sinafo-INAH, núm. de inv. 361632

Abajo: autor no identificado, *Recepción en el Museo Nacional*, 1910. Sinafo-INAH, núm. de inv. 419637

la gesta de la Independencia y en el conflictivo desarrollo de la primera mitad del siglo XIX mexicano, para concluir en la Reforma, el triunfo sobre el Segundo Imperio y la elevación de la figura de Benito Juárez.

Muy acorde con la implantación de una especie de religión civil implantada por el gobierno porfiriano, el ritual de inicio de



aquellas Fiestas del Centenario utilizó como objeto simbólico la pila bautismal de Hidalgo, misma que finalmente terminaría en el Museo. Después de pasearla por las calles de la ciudad, dicha pila se añadiría a los múltiples objetos-símbolos que ya se guardaban en las salas de historia del museo con el fin de sacralizar la visión patriótica y nacionalista de la historia.

El siglo XIX mexicano, expuesto en las salas del Museo Nacional, estaba orientado de tal manera que no sólo promovía el culto a los héroes y a las grandes batallas,

sino que pretendía también impulsar ciertos valores estéticos. Si bien estos últimos se regían por cánones más europeos que americanos, la tendencia de la museología insistía en los valores

propios. Así se destacaba a los creadores nacionales, a los fabricantes mexicanos y a los objetos con claro sello regionalista, frente a aquellos que acusaban tendencias extranjerizantes.

Con ello el museo cumplía con una función particularmente cara para el liberalismo decimonónico y el nacionalismo revolucionario: la de educar al pueblo dentro de una visión que justificara el orden



Autor no identificado, *Salón de Historia*, ca. 1905. Sinafo-ИВАН, núm. de inv. 362630

de las cosas y que promoviera un sentido de orgullo nacional. Para cumplir esa tarea la historia pedagógica era una de las materias más relevantes. El programa de enseñanza histórica durante el Porfiriato tardío y los primeros años revolucionarios planteaba que debía "...cuidarse no solamente de suministrar el conocimiento de los sucesos del pasado, sino despertar, por medio de reflexiones una gran admiración por nuestros héroes, profundo respeto a nuestras instituciones públicas y un noble estímulo patriótico..."<sup>3</sup>

La observación de los objetos debía ser un complemento de la educación formal o escolar. El objetivo didáctico del Museo tendría que estar a tono con los contenidos de la educación oficial. Ésta por su parte adquirió, sobre todo después de 1917, un carácter introspectivo bastante radical. La revaloración de lo propio tanto en materia estética como histórica recibió un impulso particular que desde luego se re-

flejó en el Museo. El patriotismo y el nacionalismo se reforzaron en sus salones y no se desaprovechó ninguna cédula para apuntalar los méritos de los héroes, la grandeza de sus hazañas y la admiración con la que debíamos acercarnos a su conocimiento.

Jesús Galindo y Villa, quien fuera pieza capital de la museología mexicana de los años que transitan entre el Porfiriato y la Revolución, planteaba que al observar los objetos de "nuestra historia" podíamos no sólo educarnos sino llegar a ser mejores mexicanos. Decía:

Todos sentimos la emoción del patriotismo o de la admiración ante el retrato de un héroe o por la representación de un hecho de armas glorioso, o ante un monumento conmemorativo, y si a la vista de esas imágenes recordamos de viva voz o en forma perdurable con una



Autor no identificado, *Sala de Arqueología (Colección de cerámica)*, ca. 1905. Sinafo-INAH, núm. de inv. 420630

leyenda o una simple etiqueta, la vida de aquel héroe o episodios de esa batalla, abriremos de par en par las puertas de la curiosidad histórica, al evocar nombres, fechas, lugares, anécdotas: templaremos las cuerdas del civismo, y si multiplicamos los objetos y el ejemplo y nos ejercitamos frecuentemente en su contemplación y en su análisis, iremos educando, sin darnos casi cuenta, la voluntad y el carácter, con lo cual

llegaremos a ser buenos ciudadanos y a poseer la noción de la Patria...<sup>4</sup>

El Museo era así no sólo el depósito de los objetos con valor arqueológico, histórico y etnográfico sino que se convertiría en un verdadero forjador de nociones patrióticas y nacionalistas. El Museo nos ayudaría así a los mexicanos a vernos a nosotros mismos y a sentirnos orgullosos de lo que fuimos y de lo que somos. El Museo Nacional se consagraria entonces como un claro recinto dedicado a la práctica y enseñanza de la religión civil del nacionalismo mexicano.

<sup>1</sup> Luis Gerardo Morales Moreno, "Museopatía revolucionaria", en *Memoria del Congreso Internacional sobre la Revolución Mexicana*, México, INEHRM-Gobierno de San Luis Potosí, 1991.

<sup>2</sup> Citado en Ma. del Pilar Iracheta Cenecorta. "La otra historia de la exploración de Teotihuacan (1905-1910)", en *Expresión antropológica*, México, nueva época, núm. 7, INAH, 1999.

<sup>3</sup> *Primer Congreso Nacional de Instrucción. Informe y Resoluciones*, México, Imp. Fco. Díaz de León, 1890.

<sup>4</sup> Citado en Luis Gerardo Morales Moreno, *op. cit.*





Cannon Bernáldez, *Entrada al Museo Nacional de Antropología*, 2001.